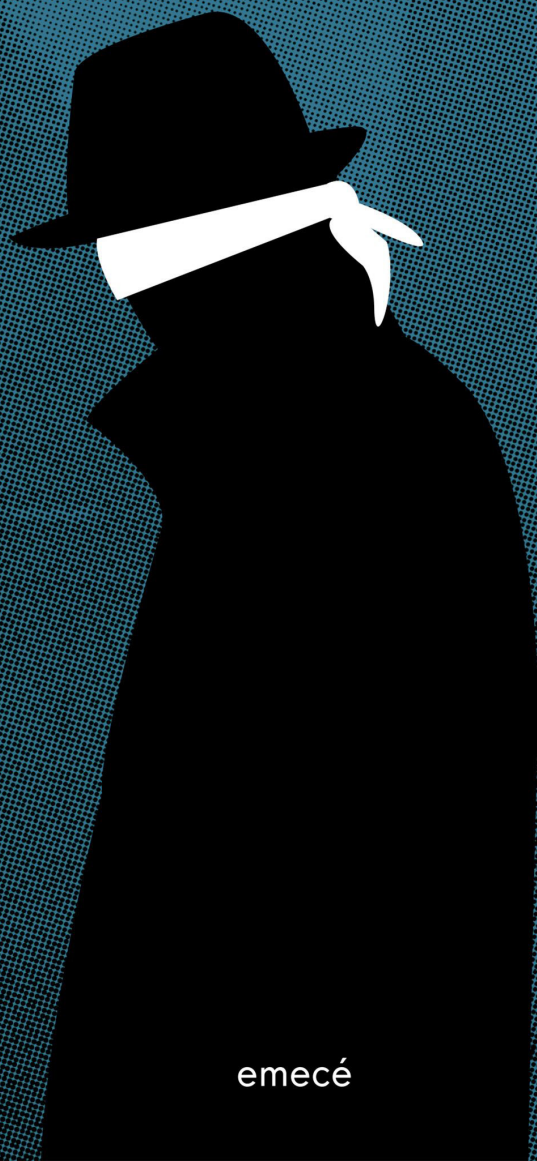


ELOÍSA DÍAZ

ARREPENTIMIENTO



emecé

Eloísa Díaz

Arrepentimiento



emecé
cruz del sur

1

(2001)

Miércoles, 19 de diciembre; 8:30

En cualquier otro país, habría habido una guerra.

Pero este no era cualquier otro país. Era la Argentina. El inspector Alzada avanzaba a toda velocidad por la avenida Belgrano, el pie derecho con fuerza sobre el acelerador, la vista nublada. ¿Cuándo había comido por última vez? ¿O dormido? *Ya no sos joven, Joaquín*. Podía oír a Paula con tanta claridad como si la tuviera a su lado. Se acomodó los Ray-Ban sobre el puente de la nariz y suspiró.

Era cierto. Necesitaba un descanso. La semana pasada había sido convocado a Recursos Humanos, donde le explicaron la “situación”. El inspector entendió perfectamente a la señora, de una cortesía excesiva, cuando esta le dirigió una mirada de complicidad. Así y todo, le hizo decírsele: aunque tenía derecho a jubilarse, el fondo previsional de la Policía no estaba en condiciones de cumplir. Lo que había deseado durante décadas tendría

que esperar “un poquito más”, había dicho la mujer sin convicción. Por supuesto, era libre de renunciar a su cargo cuando quisiera, agregó, pero no era algo que le aconsejara, dado el clima actual. *Curiosa elección de palabras, “clima”, cuando lo que querés decir es “quilombo”.*

Alzada se inclinó sobre el volante. A esta altura del verano, habría correspondido que el cielo luciera un insolente tono lapislázuli. En su lugar, una neblina cargada de polvo sumía Buenos Aires en un ambiente pegajoso y coloreaba la atmósfera de un homogéneo gris opaco. La tapa metálica, lisa y pulida, de una olla a presión. *Sin duda, no es el clima de siempre.* En el horizonte, sobre las aguas turbulentas del Río de la Plata que los conquistadores habían descrito como “color de león”, todos los semáforos abiertos. Alzada puso tercera.

Se había levantado con el pie izquierdo. Después de una noche inquieta, se despertó tarde, y tuvo en consecuencia que decidir entre ducharse o desayunar. Al final, no hizo ninguna de las dos cosas, sino que cayó de lleno en una conversación complicada con su esposa. Llegado a ese punto, y en un intento de mitigar su aparente mala suerte, decidió ponerse su camisa preferida, la celeste de cuello blanco, pero incluso ese pequeño placer le fue negado: la camisa no estaba planchada. Ahora llevaba una gris, una compra impulsiva de la que se había arrepentido casi al momento, y Alzada podría haber jurado por Dios —si el católico devoto que era a ratos se hubiera atrevido— que, en esta atmósfera sofocante, la camisa brillaba.

Y luego, la llamada del forense. Alzada había reconocido inmediatamente al doctor Petacchi cuando le telefoneó a primera hora de la mañana —¿cómo podía olvidar esa voz?— e hizo cuanto pudo por evitar tener que ir a la morgue, sugiriéndole que le diera los detalles por teléfono. El doctor se aclaró la garganta: “No sé, inspector. No es lo mismo que verlo en persona”. Alzada

se quedó en silencio, lo que empujó al forense a añadir: “Por supuesto que mi trabajo es ayudarlo a *usted*. Así que, si es demasiada molestia, mando el informe a comisaría”.

Está bien.

De modo que, ahora, en lugar de estar tomándose un café en el patio de su casa, estaba camino al lugar de Buenos Aires que menos le gustaba. Bueno, el segundo lugar que menos le gustaba.

Alzada giró a la izquierda y admiró la amplitud de la avenida 9 de Julio. *Un campo de batalla*. El fino barniz de normalidad había desaparecido de las veredas, que ahora rebosaban con la energía nerviosa de una guerra inminente. Gente. Mirara adonde mirara, gente. Era fácil distinguir a los que tenían prisa por tomar una calle lateral y escapar: iban pegados a las persianas metálicas bajas que enmarcaban los estantes vacíos de los negocios. Caminaban a buen paso, la cabeza gacha.

Además de la perenne protesta semanal de las Madres, la ciudad últimamente vivía incontables marchas y manifestaciones. Las calles de Buenos Aires estaban colmadas de una rabia constante. Con todo, ese día había algo más. Alzada no podía decir exactamente qué.

Encendió la radio. Otra reunión de emergencia del gobierno para imponer nuevas medidas. *Por eso la policía está cortando el tránsito. Esperan disturbios*. Por delante del enjambre de autos, Alzada observó los ríos de gente convergiendo. Sabía que cualquier intento por contener a la muchedumbre sería en vano: los retenes no podrían evitar que la turba viscosa e insistente se filtrara hasta la Casa Rosada. Los manifestantes estaban contrarrestando la estrategia policial con una propia. Caminaban entre los autos, donde controlarlos era difícil, y capturarlos, imposible, en particular si eran lo suficientemente avezados en esas lides como para ir con el torso desnudo. Se trataba, en esencia, de guerra urbana: los manifestantes estaban obstruyendo las arterias clave

de la ciudad, robándole así a la policía su espacio de maniobra y privándola de su ventaja estratégica. *Esto no es casualidad.*

Alzada se rascó lo que venía intentando que se convirtiera en una barba. ¿En qué momento una tragedia se volvía inevitable? *Ni la sirena va a salvarme.* Iba a llegar tarde.

¿Cómo era posible que *todavía* no hubiera habido una revolución? Desde que De la Rúa había decidido precipitar confiadamente la economía al abismo, los argentinos venían sufriendo su particular ineptitud en dolorosas etapas: primero, se les limitó el acceso a sus ahorros; después, no tuvieron más remedio que quedarse mirando mientras la inflación frenética multiplicaba el costo de la vida de un día para otro; ahora, vivían bajo crecientes restricciones a la extracción de dinero, en un país en el que se manejaban casi exclusivamente con efectivo. Y la población se había mantenido estoica. Sí, había saqueos a supermercados y estaciones de servicio. Incidentes aislados, limitados a las provincias más pobres, lejos de la capital. Al ver esas imágenes en el noticiero de la tarde, Paula había dicho: “Dios aprieta, pero no ahorca”. ¿Cómo habían sobrevivido tanto tiempo a esa lenta asfixia? “Hemos pasado cosas peores”, era un consuelo habitual, seguramente nacido de la memoria colectiva de sucesivos golpes militares. *¿Será por eso que la gente no se levanta? ¿Porque no quieren darle la excusa a los militares para que vuelvan a tomar el poder?*

Alzada se detuvo ante un semáforo en rojo. No tenía prisa: el cuerpo ya estaba frío. A su izquierda, el inspector vio a dos muchachos parados junto al semáforo, los únicos que no cruzaban la calle. El mayor era adolescente, el otro todavía lucía el aspecto regordete propio de la infancia, ¿ocho años, quizás? Dos gotas de agua. *Hermanos.* Soñadores con sendas camisetas de

Boca, la diez, la de Maradona. Alzada conocía el modelo: creían que, antes de ellos, nadie había tratado de cambiar el mundo. Creían que habían inventado la ira, creían que querían pelear. *Creen que pueden ganar*. Eran víctimas de las mentiras de hombres respetables, encanecidos, que predicaban cómo podrían ser las cosas, hombres que, reclinados en sus sillones de cuero, dejaban que esos muchachos ingenuos hicieran el trabajo sucio. Muchachos con hambre, pagados en arroz y pan y porotos, y, a veces, en chokolatines y cigarrillos.

Los más pequeños eran particularmente valiosos, porque no tenían la mancha de los antecedentes policiales. Y, más importante, todavía no inhalaban pegamento, lo que los rendía leales solo al mejor postor. Su cometido era hacer mandados de diversa importancia para “la causa” —*¿qué mierda de causa?*—, desde transmitir mensajes hasta distribuir armas. Antes, y para evaluar su potencial, una iniciación en una esquina: mantenerse alerta e informar de cualquier cosa fuera de lo común. Y, en días como este, una misión más precisa: averiguar qué calles están bloqueadas con barricadas y por quién, y cuánta policía está siendo desplegada.

Estos dos son nuevos. Aún no habían aprendido a mirar sin mirar y estaban dedicando demasiada atención al grupo antimotines bajándose del furgón policial al otro lado de la calle. El inspector podía ver al mayor moviendo los labios: estaba contando. *Diez. Son diez*. Alzada resistió la tentación de gritar. A lo largo de su vida, había aprendido a contar muchas cosas: la cantidad de discusiones con Paula; la cantidad de dólares para llegar a fin de mes; la cantidad de cadáveres que había visto en la morgue, y en la calle; la cantidad de días, semanas, meses y años que su sobrino había vivido sin padre. A diferencia de otros argentinos, nunca había tenido que contar policías. Eso decía más de él de lo que Alzada estaba dispuesto a admitir.

Miró a su derecha. El furgón policial estacionado en la esquina estaba acondicionado para albergar cuatro filas de bestias sedientas de sangre; a seis por hilera, veinticuatro. A juzgar por lo que informaba Radio Nacional, los manifestantes estaban agrupándose simultáneamente en distintos puntos de la ciudad. Las unidades policiales tendrían que dispersarse mucho, mucho más de lo que cualquier jefe de policía habría considerado aconsejable. La formación antidisturbios básica requería diez hombres, así que eran diez.

Aunque con la policía antimotines, saber cuántos eran no cambiaría nada una vez que bajaran las viseras de sus cascos vikingos y gritasen “¡Carguen!”. Ni la banda amarilla de la camiseta de Boca sobre el pecho de los muchachos los salvaría.

Alzada intentó abrir la ventanilla. Estaba trabada. Forcejeó con la manija hasta que logró bajar el cristal a medias.

—¡Pibe! —Le hizo una seña al mayor de los chicos de que se acercara.

El adolescente ni se movió. *Es vivo.*

—¡Pibe! —lo llamó otra vez.

El chico volvió solo la cabeza hacia Alzada. Miró al inspector como para memorizar su cara, la misma chispa desafiante que había mostrado Jorge cuando se le cuestionaba. Cualquier intento de disuadirlo sería en vano.

—¿Por qué no te llevás a tu hermanito a casa?

El menor estaba comiendo un helado. Todo un lujo en los tiempos que corrían. *Esta esquina debe de ser importante para ellos.* Alzada estudió el cruce. Y sí, el semáforo especialmente largo les facilitaba posicionar sus tropas entre la multitud. Peones en un ajedrez humano.

Sin pestañear, el muchacho dijo:

—Andá a cagar, viejo.

Esa es una manera de llamar la atención. Desde luego había captado la de Alzada. De unos dieciséis años, su mirada comba-

tiva no se correspondía con un físico enclenque que sin duda le había valido las burlas de sus compañeros. *Tendría que estar en la escuela. Así es como uno sabe que está haciéndose viejo: los revolucionarios te inspiran ternura.* Para compensar, el chico hinchaba el pecho como una paloma. La mano izquierda en el hombro de su hermanito, dos nutrias cerciorándose de que la marea alta no las separara; la mano derecha firme, vengativa, blanca de tanto apretar un adoquín. *Que tu mano izquierda ignore lo que hace la derecha.* Alzada sonrió.

Pero ¿un adoquín? Era obvio que estaba calculado para desviar la atención de... *Abí está.* Un bulto mal disimulado en la cintura de unos vaqueros demasiado amplios. *Hay que ponérsela detrás, boludo.* Lo habría visto en una película. *Por eso no te querés mover. Tenés miedo de que se te caiga.*

Veinte años atrás, Alzada no habría dudado. Habría bajado del auto —fanfarrón, habría dejado las llaves puestas, le habría abierto la cabeza al adolescente contra el poste de luz, habría confiscado la pistola y habría seguido camino. Habría quedado helado en la vereda.

El semáforo se puso en verde.